

bos procede; y estas tres divinas personas, siendo nada más un solo y adorable Dios? El Padre todo lo contempla en su Verbo; y el Verbo todo lo recibe de su Padre. Descansa, pues, aquella mirada en el Hijo; y descansa el Hijo en su mismo Padre; y hé allí que el amor de entrambos sale de tal suerte de Uno y Otro, que es una persona verdadera y distinta del Padre y el Hijo; y está con ellos teniendo siempre la misma esencia.

¿Buscamos el peso que tiene el corazón? pues no olvidemos estas palabras: Mi amor es el peso de mi alma; (1) ¿cuál será, pues, aquel peso infinito de amor y de gloria del Padre á su Hijo? (2) Y respecto del Hijo ¿no harémos la misma pregunta? decimos, por lo mismo, que de ambos procede el amor que los une.

Pongamos nuestro corazón en el Señor; busquemos en Él, nuestro descanso, Él, en fin, sea nuestro dulce y soberano amor. El Padre ha enviado el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones; (3) amemos, pues, al Padre de quien somos hijos adoptivos; y al Hijo que nos ha hecho sus hermanos; y al Espíritu Santo por quien la caridad en nuestras almas, se ha derramado, y que es la prenda del amor que Dios nos tiene; (4) preciosa y regalada prenda de nuestra herencia del cielo, hasta la perfecta libertad del pueblo que se ha adquirido el Señor para alabanza de su propia gloria. (5) Y el amor nos dará el descanso: ¡ah! descansar en el seno del mejor de los padres, y glorificar al Unigénito

(1) D. August. in verba Sap. VII. 21: Omnia in mensura disposuit. [2] Cartagena. L. XVI. hom. 1. [3] Galat. IV. 6. [4] II. Cor. I. 22. [5] Ephes. I. 14.

de Dios; y amar, en fin, al Espíritu Santo; hé aquí la dicha, hé aquí la gloria de los hombres. Por esto exclamamos: Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré, porque éste es sitio que yo escogí. (1)

## CAPÍTULO XI.

### EL ESPÍRITU SANTO EN SU DIVINO Y ETERNO

#### PRINCIPIO.

#### § I.

Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado: su grandeza no tiene límites. Las generaciones todas celebrarán sus obras, y pregonarán su infinito poder. Publicarán la magnificencia de su santa gloria, y anunciarán sus maravillas. Hablarán de su terrible poder y ensalzarán su grandeza. Á voz en cuello hablarán de la abundancia de su inefable suavidad, y saltarán de alegría por su justicia. (2) La suavidad de Dios, del Padre y del Hijo, ¿no es por ventura, el Espíritu Santo? (3) Sí, lo es, y ved aquí el objeto de nuestro amor, Esta santísima persona en cuya gloria nos ocuparémos en el presente capítulo.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, puesto que con Ellos tiene la misma esencia, la misma grandeza y poder. Inmenso como el Padre y el Hijo; y como Uno y Otro, eterno, glorioso, adorable. Es fuego que jamás se extingue, y amor cuyas divinas llamas abrasan al Padre y al Hijo. Cuando en Él pensamos, palpita el corazón de gozo, y el alma lo bendice con toda la efusión de su ternura, por haberle dado este a-

[1] CXXXI. 14. [2] Ps. XLIV. 3, 7. [3] D. August. De Trinit. 6. c. 10.

moroso y divino pensamiento, pues de Él nos vienen todas las gracias y dones de los cielos. ¿No es el mismo Espíritu, el más glorioso y rico don del Dios Altísimo? y sin Él ¿podrán ser útiles para la vida eterna, todas las gracias y riquezas que tengamos?

De todo le somos deudores, y sobre cuantas deudas tenemos con Él, la de ser suyos, enteramente suyos, por el servicio del más perfecto amor, es la principal. Y como esto es lo que ardientemente quieren los que le aman, lo que buscan sin descanso en todas partes, no es extraño que su dulce pensamiento nos ocupe de continuo. Mas ¿es verdad lo que hemos dicho, ó por lo ménos puede ser así? Semejante pregunta desconsuela, nos cubre de triste confusión, nos deja sin aliento. Hemos olvidado ciertamente que llevamos un cuerpo de pecado, cuerpo corruptible, que agobia el alma; y que vivimos en una casa de tierra que nos abate y oprime; (1) que las pasiones nos inclinan á la culpa; que en todas partes hallamos enemigos y tropiezos; que nuestro mismo corazón nos abandona, y que tiene por tanto, que exclamar cada uno: ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte? (2) Ese corazón ha palpitado repetidas veces con el funesto y desgraciado impulso de un amor profano; y ha sucumbido bajo el tremendo peso del pecado. Por esto quedamos confundidos y llenos de vergüenza, recordando las palabras dichas: Amamos sin descanso al Espíritu Santo, pensamos siempre en Él. Ciertamente que no hay verdad en

[1] Sap. IX. 15. [2] Rom. VII. 24.

nosotros; pero habrá lágrimas de grandísimo dolor, y profundos suspiros, y amargo sentimiento; y así cobramos nueva fuerza, y llenos de confianza en la bondad de Dios, seguimos nuestra dulce y amorosa ocupación.

Está el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo, como el aliento que sale del pecho. El aliento revela la salud que gozamos, y la fuerza de vida que tenemos; sale, además, de lo íntimo de las entrañas; mas con todo, en nosotros, si muestra la vida, no la tiene en sí mismo el aliento: y sucesivamente, estamos respirando, y esa respiración se desvanece y pierde al exhalarse. En Dios no hay sucesión, y su divino aliento lleno está de vida; y eternamente sale del Padre y del Hijo, recibiendo toda su magnificencia y esplendente gloria, su poder y majestad suprema.

La brisa que pasa por un jardín ameno, lleva entre sus alas todos los perfumes de las flores; el Espíritu Santo, sin pasar del Padre y del Hijo, recibe toda la virtud, la hermosura y la riqueza de Uno y Otro, con tanta plenitud, que al derramar sus gracias en el mundo, el mundo trasciende celestial fragancia.

El aliento conserva la existencia; y si aquél disminuye ó llega por fin á terminar, la existencia termina ó disminuye: Mi aliento se va disminuyendo, decía el Santo Job, acórtanse mis días, y sólo me resta el sepulcro. (1) El divino aliento del Padre y del Hijo, es eterno y no puede jamás acabar; es perfecto, y tampoco podrá disminuir: en nosotros no pasa lo mismo; y

(1) XVII. 1. Anhelitus, reddi potest hebraeus. Calmet.

no sólo hablando del que sostiene la vida corporal; sino también de la gracia que anima y vivifica nuestras almas; gracia que aumenta ó disminuye: ó llega á perderse cuando el hombre la arroja de sí por el pecado. Por esto nos dice San Pedro: Avisados ya, estad alerta; no sea que seducidos de los insensatos, vengais á caer de vuestra firmeza: ántes bien id creciendo en la gracia, y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (1) Y San Pablo: No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Y también: No apagueis el Espíritu de Dios. (2) ¿Sabemos á quién contrista el hombre con el pecado? Á la eterna y dulce alegría del Padre y del Hijo. [3] Al salir de nuestras almas consigo lleva el Espíritu Divino, todo el gozo y los consuelos en que ántes rebosaban nuestras almas, quedando huérfanas al ausentarse el Padre de los pobres, y envueltas en una nube de horrible y profundísima tristeza; en funesta y amarga turbación: y todas las desgracias juntas la vienen á oprimir. El Señor, decía un profeta, me hace caminar entre tinieblas, y no en el resplandor de la luz. No ha cesado día y noche de descargar sobre mí, su terrible y justiciera mano. Ha hecho envejecer mi piel y mi carne, y quebrantado todos mis huesos. Ha levantado una pared á mi rededor; y me ha cercado de amarguras y congojas. Me ha puesto en un lugar tenebroso, como se pone á los que han muerto para siempre. Me circunvaló por todos lados, y me puso grillos..... Se-

(1) II. III. 17, 18. [2] Ephes. IV. 30-Thessal. V. 19. (3) Rupert. De Proces. Sanc. Spi. L. 6. c. 16.

rró mis caminos como con piedras de sillería: desbarató todos mis senderos..... Me llenó de amargura, me embriagó de ajeno..... desterrada de mi alma está la paz; ya no sé lo que es felicidad. [1]

¿Pero es Dios quien nos ha llenado de tinieblas y dolores, haciendo apurar hasta las heces un cáliz de amargura? Sí, Dios que se retira: es su triste ausencia la que ha producido todos estos males; porque Dios es la luz, la suavidad y todas las delicias de nuestra alma; y sin Él, todo se convierte en dolor y llanto, en profundísimas tinieblas y tristeza: es el abandono en que se halla el corazón al dejarlo. Aquel Espíritu Divino, que se llama de verdad y de consuelo. Tal abandono por sí mismo, es la mayor de todas las desgracias. Cuando el Espíritu Santo nos visita, su blando y suavísimo tacto llena toda el alma de dulzura; y nos habla como puede hablarnos el amigo más fiel que tengamos. ¡Ah cuán dulces son sus palabras! llenas de amor y consuelo van derramando una luz celestial, y son para el alma un bálsamo divino que cura sus dolencias; unción inefable de gracia y virtudes que la inundan de gloria, y la colman de dicha tan grande y profunda, que llega á exclamar: Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro: Tú has infundido en mi corazón, la más dulce alegría. (2) El Señor, es el Padre; su rostro es el Hijo; y el Espíritu Santo, es la luz de ese rostro divino. El rostro del Padre es el Hijo, porque así como en el semblante de los hombres conocemos el gozo, la tristeza, y las otras pasiones de su alma; por el Hijo, el mundo conoce la voluntad del Padre. Y

(1) Thren. III, 2. et. seq. (2) Ps. IV. 7.

por la luz de ese rostro divino, entendemos al Espíritu Santo, porque así como la hermosa claridad del sol, destruyendo las tinieblas de la noche nos alumbra con su viva llama, el Espíritu Divino rasgando el triste velo de la ignorancia y los errores en que el pecado nos tuviera envueltos, enseña toda verdad; por Él sabemos al Hijo, y al Padre, y conocemos que el mismo Espíritu procede de Uno y Otro. (1)

Marchemos, pues, á la hermosa y apacible luz del semblante del Señor. Oh Señor! á la luz de tu rostro caminarán tus hijos, y todo el día se gozarán en tu nombre; y mediante tu justicia serán ensalzados. Pues Tú eres la gloria de su fortaleza, y por tu buena voluntad se ensalzará nuestro poder: porque nos ha tomado por suyos el Señor, el Santo de Israel, Rey de nuestras almas. [2]

La gloria y la dicha, y todos los bienes tenemos en Dios; y sin Él, la desgracia, la ruina y todos los males. En David descubrimos la prueba de lo que asentamos. ¿Quereis verlo feliz y glorioso, y colmado de paz y alegría? Pues ved cómo pinta, sin decirlo, su propia ventura: ¡Oh, cuán grande es, Señor, la abundancia de vuestras dulzuras y delicias: reservadas las teneis para los que os temen! Las haréis gustar á los que en Vos esperan, á vista de todo el mundo, que admirará vuestra largueza. No los perderéis de vista, y los dejarás escondidos donde está escondido tu divino rostro, sin que llegue á turbarlos el mundanal bullicio, ni la violencia ó el furor de los mortales. Bendito sea el Señor, que tanto ha señalado conmigo su misericordia,

(1) Rupert. cit. (2) Ps. LXXXVII. 16, 19.

y me defendió de todo mal, como si estubiese dentro de los muros de su invencible y fortísima ciudad. (1)

Oigamos ya la triste narracion de sus desgracias, y los amargos gemidos de su penitencia: Procede el castigo de Dios, de su terrible indignacion; y de su buena voluntad pende la vida..... En medio de mi prosperidad habia yo dicho: Jamas tendré mudanza. Oh Señor! tu buena voluntad es la que ha hecho florecer mi vida. Apartaste de mí tu rostro, y al instante quedé conturbado. A Tí, oh Señor, clamaré, y a Tí, Dios mio, llevaré mis plegarias. ¿Qué utilidad te acarriaría mi muerte, y el descender yo á la corrupcion del sepulcro?..... Por no haber pedido perdon de mi pecado, y rehusar confesarlo, por detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha, y consumirse mis huesos, pasando dias enteros en tristisimos gemidos. Porque Vos, Dios mio, me hiciste sentir de dia y de noche, el peso de vuestra mano: violentas agitaciones, remordimientos de conciencia, á manera de espinas, me punsaban, y me hacian revolver de una parte á otra, sin hallar paz ni sosiego. (2)

En tan triste estado, David, por fin, se humilla, y con la gracia de Dios, exclama lleno de dolor: Oh Dios! ten piedad de mí, segun la grandeza de tu misericordia: y segun la muchedumbre de tus piedades, borra mi maldad..... Aparta tu rostro de mis pecados, y perdona todas mis iniquidades. Cria en mí, oh Dios! un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. No me arrojes de tu presencia: ni quites de mí tu Espíritu Santo. Restitúyeme la a-

(1) XXX. 20, 22. (2) Ps. XXIX, 6, 8.-31, 2, 4.

legría de tu Salvador; y fortaléceme con el espíritu de tu divina gracia. (1)

Hé allí á Dios en la grandeza de su misericordia, y al hombre, ó bien caminando á la luz del Señor, lleno de gozo, ó cubierto de triste ignominia, yaciendo en el polvo, devorado de penas; infeliz, y llevando una carga insufrible de grandes tormentos. Y otra vez contemplad al Señor que levanta del polvo, y recibe, al que humilde y rendido demanda perdon.

No es estraño que arrojase al cielo los tristes ayes del dolor más vivo, quien tan dulcemente, y tantas veces habia gustado las delicias de la gracia, y ahora se encontraba lleno de amargura, y llorando sin consuelo, muy lejos del Señor. Lloraba justamente, pues sabia que ese tesoro de que hablamos, es de grande y riquísimo valor. Las tinieblas de ese Rey Profeta volviáanse más profundas al recordar la hermosa y clara luz que inundaba en otro tiempo su alma; y sentía más viva y penetrante la saeta del dolor en cambio del encanto y las delicias que en los dias de su ventura, gustó con abundancia el corazon: ese hombre tan regalado de Dios, y tan querido, y que amaba al Señor hasta decirle: Se inflamó mi corazon en el fuego del amor divino..... Y ciertamente ¿qué cosa puedo apetecer allá en el cielo, ni qué desear sobre la tierra, fuera de Tí, oh Dios mio? ¡Ah! mi carne y mi corazon desfallecen: oh Dios de mi corazon, Dios que eres mi herencia por toda la eternidad. Los que de Tí se alejan, perecerán: arrojarás á la perdicion á todos aquellos que quebrantan la fe que os han jurado. Mas yo hallo mi bien y mis delicias en

(1) L. 3, 11,-14.

estar unido con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza. (1) ¡Y hallarse David comprendido en esas expresiones: Perecerán los que de Tí se alejen; y serán perdidos los que te faltan! Con razon el arrepentimiento le arrancó tan amargas y sinceras lágrimas, y fué su penitencia tan perfecta.

Podemos, pues, perder la gracia; no estamos seguros en el mundo; y esa gracia es el aliento y la vida del alma; un tesoro; un tesoro que llevamos en vasos de barro, [2] que fácilmente pueden quebrarse: ¡ay de nosotros si se quiebran! Ved aquí la razon por qué los libros santos nos recomiendan tantas veces, el mayor cuidado de nosotros mismos: Sed sobrios y estad en vela..... resistid firmes en la fe. (3) Estad sujetos á Dios y resistid al diablo..... Mortificaos, plañid, sollozad. [4] Revestios de toda la armadura de Dios, para poder contrastar á las acechanzas del diablo, porque no es nuestra pelea solamente, contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos, esparcidos en los aires. Por tanto, tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el dia aciago, y sosteneros aperebidos en todo. Estad á pié firme, ceñidos vuestros riñones con el cingulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia, y calzados los piés, prontos á seguir el Evangelio de la paz; tomando el broquel de la fe..... el yelmo de la salud, y empuñad la espada espiritual; haciendo en todo tiempo, con espíritu y fervor, continuas oraciones y plegarias, y velando con todo empeño, y orando por

(1) Ps. LXXII. 21, 25, 28.-D. Bonav. De Grad. Contemp.  
(2) I. Cor. IV. 7. (3) I. Petr. V. 8, 9. (4) Jacob. IV. 7, 9.